

## LA MONTAÑA ENCENDIDA

Anochece, Luis, y tu descansas mirando hacia el cielo, contando las estrellas que desde Madrid no ves y que Cercedilla te reserva en sus noches impolutas.

Cae la noche y aquí estamos, entre flores, siempre entre flores, entre las que cuidabas con esmero en tu jardín, preparando el alma para el trabajo o entre las que hoy traigo yo para recordarte aquellos días en los que nos conocimos.

-Anda a la Casa Grande a llevar estos huevos y no te caigas por el camino, ni te entretengas ni te ensucies- decía mi madre y mi corazón se alegraba porque ir a un recado a la Casa Grande solo podía significar que habías vuelto.

Yo era la pequeña de diez hijos y en mi casa había poco dinero y menos tiempo para ocuparse de mimar al décimo descendiente. Vivíamos en las afueras de Cercedilla, en el camino hacia el colegio de La Paloma y la casa de don Luis se encontraba a quince minutos andando desde nuestra vivienda cercana a los depósitos del agua, ya entre pinares rotundos. Mi hermana Catalina servía en la Casa bajo la atenta mirada de mi madre y yo me ocupaba de los recados menores cuando no estaba jugando en una charca o persiguiendo mariposas.

Estabas en el jardín la primera vez que te vi y me delató una tos nerviosa que me sucede solo en cotas bajas. Me descubriste al instante y quisiste conocerme y de ese interés genuino (porque a la décima de diez hijos nadie le hace mucho caso) surgió nuestra amistad.

El primer verano lo ocupamos entero en conocer mejores escenarios que los límites del jardín de la casa que habías comprado en el pueblo. Te llevé a conocer cada rincón que custodiaba Cercedilla: La Peñota con su silueta rotunda flanqueando la frontera oeste, Navalmedio y su ascenso al puerto de Navacerrada, con su aire alpino singular, el camino del tren de vía estrecha con sus apeaderos imposibles... íbamos juntando piezas como en un puzle de montaña y finalmente, cuando tuviste una idea clara de la geografía del valle y sus vigías, me anunciaste tu lugar favorito. Me sorprendió saberlo pues yo esperaba una cumbre alta y venteada y si embargo elegiste el recodo de un camino, de la vieja carretera de La República, en un balcón de piedras que se

abría al valle de la Fuenfría. Yo te insistí, ya había un mirador siguiendo la pista de tierra, un mirador grandioso de piedras, llamado “de la reina” y no quisiste saber nada

-Aquí, aquí me gusta- recalcaste y entre un montículo de piedras decidiste tu descanso.

Te gustaba mirar al valle, tan cercano que la vista casi lo recorría en horizontal, con sus tejadillos dispersos entre los frondosos pinos que tapizaban las cotas más altas del pueblo. Cuando querías un telón alpino solo tenías que girarte y allí estaban ellos, grandiosos e imponentes, los Siete Picos con su escarpada cara sur, como siete agujas pétreas más propias de los Alpes que de un modesto Sistema Central. Me decías que te hablaban las montañas y que solo yo comprendía. ¿Cómo no iba a comprender si las cimas y las laderas eran mis únicos amigos fieles?

Después de aquel primer verano se estableció una camaradería singular entre nosotros: yo te enseñaba los secretos de la sierra y tú la magia de las palabras. Ya sabía leer pero aprendí a jugar a crear historias de montañas. Me explicaste que una palabra es una cumbre y que juntando muchas se obtenía una cordillera de relatos y así empecé a escribir sobre la sierra y sus rincones.

Siempre parecía bastarnos Cercedilla pero los dos crecimos, tú, hombre adulto, en éxito y yo joven promesa del periodismo y de la escalada. Los años de mi juventud nos separaron pues ya no tenía excusa para ir a la Casa Grande a hacer algún recado y solo si escapaba de la inquisidora mirada de mi madre podía asomarme a tu jardín con sigilo y toser un poco, solo un poco como aquel primer día. Y entonces me decías las palabras mágicas

–*A mi me gusta tu tos*- y nos sentábamos a charlar de tus proyectos y de mis avances.

En el tiempo previsto, como si de una expedición se tratase, acabé la carrera y mis pasos planos por el campus de la Universidad Complutense dieron el salto a los conocidos desniveles de mi sierra. Quise escribir sobre cada cima y cada valle, sobre sus piedras singulares y caprichosas en formas, sobre los mansos

pinares que tapizaban la geografía que tallaba el río Eresma y sobre los pozos profundos de las lagunas glaciares.

Entonces cometí el error de querer aspirar a más, de despreciar la Cuerda Larga por escasa altura, de anhelar los Pirineos primero, los Alpes después, de perseguir el destello de seis, siete y ochomiles. Viajé para descubrir que la montaña más alta no es más hermosa que la chica y que en el campo base de un ochomil nunca había una Casa Grande con las luces encendidas esperando el regreso del caminante. Un día de aquellos en los que andaba perdida, con mil fotos y algunas crónicas que contar para una revista de viajes, encontré la pequeña libreta que me regalaste antes de partir y la abrí para narrar algo que no fuera trabajo. Allí estaban tus palabras, una dedicatoria sencilla, que igual cuajaba en el Karakorum que en la Sierra de Guadarrama, como la nieve en el invierno.

-Escribe con *palabras de nieve sucesiva* y no olvides la cuna hecha de laderas de montañas y el edredón de copas de pinos.

Volví sabiendo que en los dos miles de Guadarrama se escondía una belleza tan infinita como en el techo del mundo y cuando fui a verte para contarte todas aquellas montañas me recibió tu tos. A mi no me gustó tu tos, no presagiaba nada bueno. Tu carraspeo era el murmullo del alud que se forma y que puede ser tan letal en el K2 como en Peñalara. La Casa Grande ya no se encendía porque las convulsiones de tu pecho te tenían amarrado a la cercanía de un hospital, lejos de ese rincón favorito que dibujaba la carretera de la República en el ascenso a la Fuenfría. No quise verte más, erosionado como un tepuy y quise recordarte siempre como una montaña imponente, como a mi me parecía Maliciosa cuando la observaba desde mis ojos infantiles.

La siguiente vez que te visité estuvimos por fin solos. Fue al día siguiente de la despedida, cuando todos se habían marchado y quedaban las flores, aún frescas, fieles a ti que las defendías diciendo que *nunca tienen un día de vacaciones*. Anocheceía cuando llegué al cementerio, busqué tu tumba y me senté en el suelo a tus pies, como tantas veces hicimos en el mirador que luego llevaría tu nombre. La tarde de otoño de finales de Octubre se desvanecía dando paso a tus estrellas, a esas que te gustaba mirar. En el alto

de Guarramillas se encendió la luz que nos cuidaba como un faro y Siete Picos pareció abrazar al pueblo para protegerlo del frío que llegaría según avanzaran las horas. El día anterior no quise ir al cementerio, discúlpame, había demasiada gente. El día de tu entierro se despedía a un hombre sabio, a un escritor, a un poeta y yo solo quería charlar un rato con un amigo. A cambio trepé hasta el Montón de Trigo para contarle tu muerte a la meseta castellana y me pareció que esas tierras amarillas ya lo sabían, que la Mujer Muerta me tendía sus manos para consolarme en un abrazo granítico y que el aire susurraba el llanto de las plañideras. El Montón de Trigo parecía transformado, como si su caparazón de piedras imponentes hubiera dado paso a una pila de diminutas piedras silíceas de reloj de arena detenido tras la caída del último grano.

Era de noche cerrada cuando me despedí, Luis. Te dejé como siempre quisiste, mirando a las estrellas de Cercedilla, observado con sigilo por sus cimas, arropado por el murmullo de los riachuelos anónimos. Miré el contorno de las cumbres recortando el telón del cielo y me fui tranquila, te quedaban cientos de noches de estrellas bajo la atenta mirada del Alto de Guarramillas, la Montaña Encendida.

*Lago*